

neros que había cogido, dejando á Bartolomé Hurtado con treinta hombres en una poblacion india de Rio Negro para mantener sujeto el país. Así se terminó la primera expedición que salió á buscar el templo de oro de Dobaiba, el cual por mucho tiempo continuó sirviendo de tema á las empresas expedicionarias de los aventureros de Darien.

#### CAPITULO V.

Desgracias en Rio Negro.—Proyecto de los indios contra Darien.

HABIENDO quedado Bartolomé Hurtado en las orillas de Rio Negro dueño absoluto de sus acciones, ocupábase en cazar á los pocos indios que vagaban por los vecinos bosques, logrando capturar de este modo veinte y cuatro que embarcó á bordo de una gran canoa, para conducirlos á Darien y venderlos allí como esclavos. Veinte de sus compañeros, que estaban enfermos, seáse por las heridas ó á causa del mal clima, se embarcaron también, de manera que solo permanecieron con Hurtado diez hombres.

Esta gran canoa, tan excesivamente cargada, bajaba muy despacio por el Rio Negro, cuyas orillas estaban rodeadas de espesos bosques, cuando el infatigable Zemaco, cacique de Darien, que estaba en acecho, interceptó el paso con cuatro canoas llenas de gente armada de clavos y lanzas endurecidas al fuego. Los españoles, débiles y enfermos, resistieron apenas; de consiguiente unos fueron degollados y otros arrojados al rio donde se ahogaron; solo dos pudieron escapar subiéndose á unos troncos de árboles, que iban flotando por el rio, y cubriéndose con sus ramas. Habiendo llegado así á la orilla, se dirigieron en busca de Bartolomé Hurtado con las noticias del trágico acontecimiento. Su desaliento fue tal, que reflexionando en el abandono á que se veía reducido, solo y en medio de un país enemigo, sin esperanzas de socorro, determinó dejar las fatales riberas de Rio Negro, y volver á Darien. Contribuyó á acelerar su marcha la noticia que tuvo de una conspiración que se formaba entre los Indios. El implacable Zemaco había inducido á otros cuatro caciques á formar secretamente un plan que consistía en reunir á todos sus vasallos y asaltar de improviso á Darien. Hurtado con el resto de sus compañeros se apresuró á llevar esta noticia al establecimiento para preservarlo de una desgracia. Muchos de los habitantes se alarmaron al saberlo, pero otros creyeron que era un falso rumor esparcido por los indios, y ningún preparativo se hizo para prevenir el daño que se creía imaginario.

Afortunadamente para los españoles, entre las mujeres cautivas que pertenecían á Vasco Nuñez había una jóven indiana, llamada Fulvia, cuya hermosura le conquistó el amor del aventurero, de quien ella también se enamoró perdidamente. Tenia esta jóven un hermano entre los guerreros de Zemaco, que solia ir á verla á menudo y en secreto. En una de sus visitas la dijo que el establecimiento iba á ser dentro de poco atacado y todos los españoles destruidos; encargándola que la noche del asalto se escondiese en cierto paraje que designó hasta llegar él en su ayuda, pues de lo contrario seria fácil asesinarla en medio de la confusion.

Cuando se fue su hermano, un violento combate tuvo lugar en el corazon de la jóven india; los sentimientos de cariño á su familia y su país luchaban con el amor á Vasco Nuñez: al fin triunfó este, y descubrió á su amante todo cuanto sabia. Este hizo que enviase por su hermano so pretexto de venir á proteger su fuga; y no bien tuvo Nuñez al indio en su poder, le obligó á descubrirle los designios de sus enemigos. Sus revelaciones demostraron el gran peligro que rodeaba á Vasco Nuñez en los momentos de su mayor

confianza. Díjole el prisionero que él era uno de los cuarenta indios enviados anteriormente por el cacique Zemaco con protestas de amistad y pretensiones de que se les empleara en el cultivo de los campos, vecinos al establecimiento, y que traian órdenes secretas para aprovechar el instante en que Vasco Nuñez fuese á inspeccionar sus trabajos, cogiéndole descuidado y asesinándole. Afortunadamente Vasco Nuñez visitaba siempre los campos montado en su caballo de batalla y armado de lanza y escudo, y los indios estaban tan admirados de su marcial continente y temian tanto aquel terrible animal, que nunca se determinaron á atacarle.

Frustrados sus intentos en esta y otras conspiraciones del mismo género, Zemaco recurrió á la que por entonces amenazaba la existencia del establecimiento. Se habian confederado cinco caciques: tenian preparadas cien canoas, recogidas provisiones para un ejército y concertado reunir cinco mil guerreros escogidos señalando día y sitio; en seguida atacarían el establecimiento por mar y tierra á media noche y degollarían á todos los españoles.

Sabiendo ya Vasco Nuñez donde debian reunirse todos los gefes confederados y el punto en que estaban depositadas las provisiones, escogió setenta hombres de los mejores y mas bien armados, dando un rodeo por tierra, mientras Colmenares con sesenta hombres se embarcaba secretamente en cuatro canoas, guiado por el prisionero indio. De este modo sorprendieron al jefe del ejército contrario con algunos de los principales confederados y se apoderaron de todas sus provisiones, aunque no pudieron coger al formidable Zemaco. El jefe indio fue muerto á flechazos y los cabecillas de la conspiracion ahorcados en presencia de sus compañeros cautivos. El mal éxito de también concertado plan y el castigo de sus promovedores, infundió tal terror en las provincias comarcanas, que evitó nuevas tentativas. Vasco Nuñez, sin embargo, mandó que inmediatamente se construyese una fortaleza de madera, para proteger la colonia contra cualquier asalto de los salvajes.

#### CAPITULO VI.

Nuevos disturbios en la Colonia.—Arrogancia de Alonso Perez y del bachiller Corral.

Mucho tiempo habia pasado desde la salida de Valdivia para la Española, sin que se tuviese la menor noticia de su paradero; de modo que se empezó á temer algun acontecimiento desgraciado: la malicia que nunca está ociosa, hacia sospechar á algunos, que él y Zamudio se hubieren entendido apropiándose el oro puesto en sus manos, mas ganosos de su particular provecho que de los intereses de la colonia.

El mismo Vasco Nuñez estaba impaciente participando de la alarma que producian estos rumores; y temiendo ademas que el bachiller Enciso lograra perjudicarle en el ánimo del rey. Con este motivo determinó hacer un viaje á España, presentarse en persona al monarca, comunicarle cuanto habia oido acerca del mar del Sur, y pedirle las tropas necesarias para tal descubrimiento.

Todos, así amigos como enemigos, se opusieron á semejante medida manifestando que su presencia era indispensable para la seguridad de la colonia, por sus grandes talentos como gefe, y por el temor que inspiraba á los indios.

Después de muchas contestaciones, se resolvió que Juan de Caicedo y Rodrigo de Colmenares irian en su lugar, encargados de hacer presente al rey cuanto conviniese, llevando ademas cartas con las mas extravagantes narraciones sobre la riqueza del país, parte dictadas por las alegres esperanzas de los que las escribian, y parte por los maravillosos cuentos de los indios. Inútil es decir que no olvidarían hablar de las

riquezas del Dobaiba, ni de las preciosidades de su templo de oro. Los comisionados se llevaron un indio consigo, como testimonio palpable de los tesoros de la provincia de Zenú, de donde era natural. Contábase que allí se recogía el oro en redes tendidas al través de los arroyos que descendían de los montes. Para dar mas peso á tales relaciones, cada cual contribuyó con una porción de oro de su bolsillo particular que debia ser presentado al rey, como ofrenda adicional al quinto que le pertenecía de derecho.

A poco de haber salido los comisionados volvió la paz á alterarse en la colonia. No era de esperar que una reunion de aventureros, obra del acaso, estuviere largo tiempo tranquila cuya competencia era dudosa bajo las órdenes de una autoridad en una época de escasez. Es verdad que Vasco Nuñez se habia elevado por su valor y destreza; pero provenia de sus filas, y en cierto modo era hechura suya; costábales el acostumbrarse á reconocerlo como gobernador, recordando que recientemente no era mas que un soldado de fortuna, un deudor insolvente.

Las primeras señales de descontento fueron dirigidas contra un favorito de Vasco Nuñez, mas bien que contra él mismo. Habia investido á Bartolomé Hurtado, el ex-comandante de Rio Negro, de grande autoridad en la colonia, de que el agraciado abusó extraordinariamente, ofendiendo con su arrogancia entre otros, á un tal Alonso Perez de la Rúa, hombre susceptible y en extremo celoso de su honor, cuya delicadeza se resentía de la menor palabra que tendiese á punzarle. Irritado de cierta injuria real ó imaginaria, Alonso Perez abrazó el partido de los desafectos, quienes le eligieron por su gefe. Prevalido de esto, reclamó á gritos el castigo de Hurtado; y viendo que no se atendía á sus pretensiones, prorumpió en amenazas de destituir á Vasco Nuñez. Apenas este último se enteró de sus amenazas, procedió á prenderlo y le metió en la cárcel donde podia dar ensanche á sus quejas y refrescar su exaltacion.

Los conspiradores apelaron á las armas para libertarle, y los amigos de Vasco Nuñez hicieron otro tanto. Los dos partidos estaban en la plaza pública, ansiando venir á las manos; pero afortunadamente habia aun en la colonia quien reflexionase y se interpusiese en el momento crítico entre los furiosos adversarios con la justa observacion de que destruyéndose unos á otros, en lugar de conquistadores serian presa de los indios.

La advertencia surtió efecto; y después de mucho ruido y acaloradas cuestiones, pudieron al fin entenderse. Alonso Perez fue puesto en libertad, y los amotinados se retiraron á sus casas. Sin embargo, al otro día volvieron á tomar las armas, prendiendo aunque solo momentáneamente á Bartolomé Hurtado. Sus turbulentas miras llevaban ya otro objeto mas elevado; pues prorumpieron con descompuestas voces contra Vasco Nuñez, quejándose de que no habia repartido bien el oro y las esclavas adquiridas en las últimas expediciones y tratando de arrestarle para que rindiese cuentas. Sobre todo, clamaron por que se distribuyesen los diez mil castellanos en oro que todavía estaban sin repartir.

Vasco Nuñez que conocia perfectamente el carácter pendenciero de la gente que estaba á sus órdenes, y lo precario de su autoridad, se guardó bien de oponerse en aquellos momentos de efervescencia. Determinó, pues, quitarse de enmedio, abandonándoles astutamente el botín, para que entre sí lo repartiesen, confiando en que las reyertas que se suscitasen con tal objeto, contribuirían á afianzar su poder. Con este objeto aquella misma noche se embarcó, prestando una partida de caza en el interior.

Al otro día eran los amotinados dueños absolutos del campo. Alonso Perez tomó el mando inmediatamente secundado por el bachiller Corral. Lo primero

que hizo fue apoderarse de los diez mil castellanos y dividirlos entre la multitud para asegurarse sus sufragios. El resultado probó la sagacidad y prevision de Vasco Nuñez. Apenas aquellos furiosos trataron de repartir el oro, cuando se originó entre ellos una reñida disputa: ninguno estaba satisfecho con su lote, alegando cada partícipe la superioridad de sus respectivos servicios, merecedores, en su sentir, de una peculiar recompensa. Cuanto mayores eran los esfuerzos de Perez y Corral para apaciguar el tumulto, mas subia de punto la exasperacion: gritando los descontentos que Vasco Nuñez habia usado siempre de mejor criterio en sus distribuciones.

Los apasionados de este último, se aventuraron entonces á alzar la voz: «Vasco Nuñez, dijeron, ha adquirido con su valor el oro en arriesgadas empresas, y por lo mismo lo hubiera distribuido entre los valientes de verdadero mérito, pero como estos hombres se han apoderado de él, á favor de un motin, no lo reparten sino entre sus favoritos.» La multitud, que admiraba sinceramente las cualidades militares de Vasco, tuvo entonces uno de esos caprichosos arranques que la caracterizan. El quisquilloso Alonso Perez, su coadjutor Corral y algunos otros cabecillas, fueron presos, cargados de grillos y encerrados en la fortaleza, mientras que á Vasco Nuñez se le llamó con grandes aclamaciones al establecimiento.

Difícil es calcular el tiempo que hubiera podido Vasco Nuñez manejar al inconstante populacho de Darien; pero, precisamente en tan delicada coyuntura, llegaron dos buques de la Española, cargados de víveres y con un refuerzo de ciento cincuenta hombres. Traian también un despacho para Vasco Nuñez, firmado por Miguel de Pasamonte, tesorero de la Española, (á quien él habia hecho un magnífico regalo) nombrándole capitán general de la colonia. No se sabe si Pasamonte estaba competentemente facultado para conferir semejante comision: aunque hay quien asegura que el rey le habia investido de poderes al efecto, como una especie de freno contra la autoridad del almirante, Diego Colon, gobernador de la Española, que seguia inspirándole recelos. Sea de esto lo que fuere, el tesorero pareció haber obrado con plena seguridad de que aprobaria su conducta el soberano.

Alegróse infinito Vasco Nuñez de recibir un despacho con todas las apariencias de una autorizacion real; y hallándose ahora mas seguro en su puesto, su carácter generoso le hizo olvidar fácilmente el mal proceder de sus enemigos y mandó poner en libertad á Alonso Perez, al bachiller Corral y demás sublevados: con lo cual quedó por algun tiempo tranquila la naciente colonia.

#### CAPITULO VII.

Vasco Nuñez se determina á buscar el mar al otro lado de los montes.

(1513.)

AMINORARON la satisfaccion del triunfo á Vasco Nuñez las noticias recibidas de España. El alcalde Zamudio, su último colega, le escribió participándole que el bachiller Enciso habia llevado su querrela á los pies del trono, logrando provocar la indignacion del rey, quien habia condenado á Vasco en daños y perjuicios. Le añadia que inmediatamente le mandarian la orden para marchar á España y responder personalmente á los cargos que se le hacian por el duro trato y probable muerte del desgraciado Nicuesa.

Quedó aterrado al pronto Vasco Nuñez con tales nuevas, que amenazaban aniquilar de un solo golpe todas sus esperanzas y fortuna. Sin embargo, como hombre de intrépido corazon y resuelto, tomó pronto su partido. No siendo las noticias oficiales, pues que no habia llegado ninguna orden del rey, aun disponia

de sus acciones y tenía poder sobre la colonia. Necesitaba oscurecer con un hecho brillante todo lo pasado, atrayéndose de esta manera el favor del monarca, y se fijó en el descubrimiento del mar del Sur. Es verdad que había pedido mil hombres para esta expedición; pero, si esperaba á que llegasen de España sería ya tarde. Su posición era comprometidísima, porque emprender tan árdua empresa con el puñado de hombres de que podía disponer, rayaba en locura. Por otra parte, su fama, su fortuna y hasta su vida, dependían de la pronta ejecución de semejante proyecto. Dilatarlo era perderse.

Vasco Nuñez echó una ojeada sobre los intrépidos y arrojados aventureros de la colonia y escogió ciento noventa de los mas resueltos, vigorosos y afectos á su persona. Los armó de arcabuces, espadas, escudos y ballestas. No les ocultó los peligros de la empresa á que los iba á conducir; pero como el espíritu de los aventureros españoles se inflamaba con solo la idea de acometer peligrosas y extravagantes proezas, no les arredraron las dificultades. Para aumentar sus escasas fuerzas, llevó consigo algunos perros alanos; aliados poderosos en cualquier encuentro con los indios y que causaban pánico terror á estos.

Los escritores españoles hacen particular mención de uno de estos animales llamado Leoncio, constante compañero y como especie de guardia de la persona de Vasco Nuñez, describiendo minuciosamente sus cualidades como pudieran hacerlo de las de un guerrero principal. Era de mediana corpulencia, pero sumamente fuerte; tenía el color amarillo rojizo y el hocico negro; y su cuerpo estaba todo marcado por las cicatrices de las infinitas heridas que había recibido en sus batallas contra los indios. Vasco Nuñez le llevaba siempre consigo en sus expediciones y algunas veces lo prestaba á sus compañeros, recibiendo por sus servicios la misma parte de botín que se destinaba á un soldado, y ganó así con él mas de mil duros en el curso de sus campañas. Se dice que aquel animal infundía tal pavor á los indios que su presencia bastaba para hacerlos huir precipitadamente (1).

Además de estas fuerzas, llevó Vasco Nuñez consigo porción de indios de Darien, cuya adhesión se había captado con su amabilidad y buen comportamiento hacia ellos; siéndole en esta ocasión sus servicios muy importantes por su conocimiento del desierto, y de las costumbres y recursos de la vida salvaje. Tal fue la fuerza que salió de aquella pequeña colonia, bajo las órdenes de su atrevido, por no decir desesperado comandante, en busca del gran océano Pacífico.

## CAPITULO VIII.

### Expedición en busca del mar del Sur.

El día 1.º de setiembre se embarcó Vasco Nuñez con sus compañeros en un bergantín y nueve grandes canoas ó piraguas, saludado por las aclamaciones y buenos deseos de los que quedaban en el establecimiento y que habían salido á despedirlo. Dirigió su rumbo hacia el Noroeste, y llegó sin particular accidente á Coiba, perteneciente al cacique Careta, cuya hija había recibido en prenda de amistad. Esta belleza india ejercía grande influjo sobre Vasco Nuñez, y el interés que había sabido inspirar á este se comunicaba á su padre y á su pueblo. Vasco fue, pues, recibido por el cacique con los brazos abiertos, y obtuvo guías y guerreros que le ayudasen en la expedición.

Nuestro aventurero, dejando la mitad de su gente en Coiba, para que custodiase el bergantín y las ca-

(1) Oviedo, Hist. de las Ind., p. 2, c. 5. MS.

noas, se preparó á atravesar los fragosos montes con la mitad restante. La importancia de la empresa que acometía, grande no solo por lo que afectaba á su fortuna, sino por que debía revelar un gran secreto de la naturaleza, le tenía profundamente conmovido, y daba á todas sus acciones cierto aire de solemnidad. Antes de emprender su marcha mandó decir misa, y pidió humildemente á Dios su poderoso auxilio en apoyo de tan peligrosa empresa.

El 6 de setiembre tomó el camino de las montañas, siendo su marcha en extremo difícil y trabajosa, pues los españoles tenían que trepar por escarpadas rocas y cruzar espesos bosques, agoviados con el peso de sus armas y sofocados con el calor de los trópicos. Ayudábanles los indios y aliados; llevándoles los víveres y municiones, y enseñándoles los senderos mas practicables al intento.

El 8 de setiembre llegaron al pueblo de Ponca, antiguo enemigo de Careta, que hallaron silencioso y abandonado; pues el cacique se había refugiado con su gente en la parte mas segura del monte. Los españoles permanecieron allí unos cuantos dias, tanto para que se curasen algunos que habían caído enfermos, como para proveerse de guías, prácticos en las selvas montañosas que veían próximas. Al fin lograron descubrir el paraje á donde se había retirado Ponca, y convencerle á que viniera, lo que hizo de muy mala gana, á presentarse á Vasco. La habilidad particular que este poseía para ganarse la confianza y amistad de los indios, obró sus efectos sobre el cacique; Vasco le cautivó con su amabilidad hasta el punto de descubrirle Ponca, á él solo, cuanto sabia de las riquezas del país. Aseguróle la verdad de cuanto le habían dicho sobre el gran mar del otro lado de las montañas, mostrándole además varios adornos de oro primorosamente trabajados y traídos de los pueblos situados en sus costas; y le dijo, que así que llegase á la cima de una montaña que le señaló y parecía esconderse en las nubes, vería á sus piés tendido el inmenso Océano.

Vasco Nuñez animado con tales relaciones, pidió al cacique nuevos guías, y se preparó á escalar aquella muralla de montes. Muchos de los suyos estaban enfermos, por la fatiga y por el calor; y á estos les ordenó que se volvieran á Coiba, pues no quería que le acompañasen sino los mas sanos y robustos.

El 20 de setiembre continuó su marcha atravesando un país salpicado de rocas, cubierto de impenetrables bosques é interceptado por turbulentos y profundos rios, muchos de los cuales tuvo que pasar en balsas.

Lo penosísimo del camino hizo que en cuatro dias no avanzasen mas que diez leguas. Sufrieron en este tiempo un hambre devoradora y llegaron por último á la provincia de cierto cacique belicoso llamado Quaraqá, que estaba en guerra con Ponca.

Sabiendo Quaraqá que gentes extranjeras guiadas por la gente de su inveterado enemigo, habían invadido sus tierras, salió contra ellas á la cabeza de una numerosa hueste, cuyos individuos iban armados, unos de arcos y flechas, otros de grandes lanzas, y otros de mazas de dos manos de madera de palma, tan pesadas y duras como si fuesen de hierro. Al ver los indios aquel puñado de españoles, se les arrojaron encima con furiosos ahullidos, figurándose que los iban á destruir en un momento; pero, luego que oyeron las armas de fuego, cundió por ellos el espanto, imaginándose habérselas con diablos que vomitaban rayos y truenos; mucho mas, viendo caer junto á ellos á sus compañeros muertos ó heridos sin recibir golpe ninguno aparente. Inmediatamente echaron á correr con admirable presteza; pero, perseguidos con calor por los españoles y sus alanos, muchos perecieron atravesados con lanzas, otros acuchillados, é infinitos fueron despedazados por los perros.

Quaraqá y seiscientos de sus guerreros, quedaron muertos en el campo.

Un hermano del cacique y otros varios gefes cayeron prisioneros. Iban vestidos con anchas túnicas de algodón blanco, lo que les comunicaba cierto aspecto afeminado; y fuese por esta causa ó por las acusaciones de sus enemigos, es lo cierto que los españoles, mirándolos con horror y creyéndolos culpados de vergonzosos crímenes, los entregaron á sus perros para que los despedazasen (1).

Se asegura que entre los prisioneros había algunos negros, esclavos del cacique. Según parece, varios cautivos dijeron á los españoles, que aquellos negros venían de una region no muy distante, en donde había un pueblo del mismo color, con el cual estaban continuamente en guerra. «Estos, añade el escritor español, fueron los primeros negros hallados en el Nuevo Mundo, no habiéndose descubierto nunca otros (2).»

En seguida del sangriento triunfo, ocuparon los españoles el pueblo de Quaraqá, donde había un considerable botín de oro y joyas, que Vasco Nuñez repartió liberalmente entre sus compañeros deducido el quinto de la corona de España. Quaraqá estaba situado al pié de la última montaña que les quedaba por subir; y sin embargo, muchos de los españoles, unos heridos en la refriega y otros estenuados por el hambre y las fatigas de la marcha, no pudieron pasar adelante, y tuvieron, á pesar de su repugnancia, que quedarse en aquel pueblo, desde donde se distinguía el pico de la montaña, blanco de todas sus fatigas. Vasco Nuñez tomó nuevos guías entre los prisioneros, naturales de la provincia, y despidió á los súbditos de Ponca. De los españoles solo sesenta y siete se encontraban capaces de sobrellevar este último esfuerzo. Vasco les ordenó que se recogiesen temprano, pues debían salir al amanecer para llegar á la cumbre antes de la hora del medio día.

## CAPITULO IX.

### Descubrimiento del océano Pacífico.

AÑENAS empezaban á distinguirse los primeros rayos de luz por el horizonte, cuando Vasco Nuñez y sus compañeros salieron de Quaraqá y comenzaron á subir por la montaña. Ardua y cruda era la empresa para hombres tan rendidos del camino; pero, la idea de la gloriosa escena que iba á presentarse á su vista y á remunerar tantos dias de trabajos y penurias, les infundió nuevo aliento.

Las diez de la mañana serian cuando acabaron de atravesar el espeso bosque y salieron á la alta y ventilada region de la montaña. No les faltaba por salvar sino su desnuda cima; y al efecto, les indicaron los guías una prominencia no muy distante, desde la cual aseguraron que se veía el tan deseado mar.

Vasco Nuñez mandó entonces hacer alto; y todos permanecieron inmóviles. Con el corazón palpitante de placer ascendió él solo á la cumbre: al tocarla se colmaron sus deseos, contemplando estático el objeto de sus afanes. Fue como si un nuevo mundo se desplegara ante sus ojos, separado de cuanto hasta entonces se había conocido por aquella poderosa

(1) Herrera, Hist. Ind. d. 4, l. x, c. 1.

(2) Pedro Mártir, en su tercera Década, hace mención de estos negros con las siguientes palabras: «Unos dos dias de camino distantes de Quaraqá, hay una region habitada por moros negros, muy fieros y crueles. Es de suponer que en tiempos pasados, algunos moros negros saliesen de Etiopia á piratear, y á consecuencia de un naufragio, ó por cualquier otro evento, fuesen arrojados á aquellos montes.» Como Mártir escribía en la época de los sucesos que referimos, necesariamente es el eco de lo que entonces se decía y que ha sido desmentido por las relaciones posteriores. Otros historiadores que dan cuenta de la misma circunstancia, es de creer la hayan tomado de él.

barrera de montañas. Una vasta confusion de rocas y florestas, de verdes sábanas y poderosos rios, se extendía á sus plantas, mientras que á mayor distancia resplandecían las aguas del prometido Océano, heridas por los rayos del sol de la mañana.

Ante espectáculo tan sublime, cayó Vasco de rodillas; y rindió gracias al Criador por ser el primer europeo á quien había permitido llevar á cabo tan gran descubrimiento. Llamando entonces á los que le seguían, «venid, amigos míos, les dijo,» á participar de la encantadora vista porque tanto hemos suspirado: demos gracias al Omnipotente que nos ha dejado lograr el fin de nuestros afanes, concediéndonos el honor y las ventajas de ser los primeros que contemplemos region tan magnífica. Dirijámosle nuestras preces para que nos ayude en la empresa de conquistar ese mar y esas tierras, que no ha pisado jamás planta cristiana, ni oído nunca las salvadoras doctrinas del Evangelio. En cuanto á vosotros, si me guardais la fidelidad que hasta aquí; con el favor de Dios os prometo que llegareis á ser los españoles mas ricos que han visitado el territorio de las Indias. Nunca vasallo sirvió á su señor como vosotros servireis al rey; y os cabrá la eterna gloria y disfrutared de los beneficios consiguientes al mérito de haber descubierto, conquistado y convertido á la santa fe católica tan espléndidos países.»

Los españoles respondieron á este discurso de Vasco Nuñez, abrazándole y prometiendo no abandonarle en la vida. Entre ellos había un sacerdote llamado Andrés de Vara, el cual, elevando su voz al Eterno, entonó un solemne *Te Deum laudamus*, acostumbrada antifona que cantaban los españoles descubridores: los demás se hincaron de rodillas, juntando sus manos con piadoso entusiasmo y lágrimas de júbilo; jamás ha subido al trono del Todopoderoso una oblacion mas pura ni sincera desde un lugar santificado, que la que se elevaba en aquel momento solemne de la cúspide de aquella montaña, sublime altar de la naturaleza. Verdaderamente era uno de los descubrimientos mas grandiosos que se habían hecho en el Nuevo Mundo, y debió abrir un ilimitado campo á las conjeturas de los maravillados españoles. La imaginación se complace en describir el magestuoso cuadro de las confusas ideas que debieron asaltarlos en tales momentos. Tenían entre sí el grande océano Indico, sembrado de islas, abundante en especería, oro y piedras preciosas; rodeado de ostentosas ciudades y de los opulentos mercados del Oriente, ó era aquel un mar á parte, contenido en los límites de incultos y desiertos continentes, no atravesado nunca sino por la ligera piragua del salvaje? No podía ser esto último porque los naturales habían hablado á los españoles de reinos de oro y de populosas, fuertes y ricas naciones, esparcidas en sus orillas.

Tal vez estaria rodeado de pueblos civilizados, aunque con una civilización distinta de la de los europeos; con sus costumbres, leyes, artes y ciencias especiales, que formarían por decirlo así un mundo aparte; que se comunicarían por medio de aquel magnífico mar; que harían el comercio entre sus islas y continentes, pero con independencia completa y sin el menor conocimiento del otro hemisferio.

Tales debieron ser naturalmente las ideas que sugirió la vista de aquel Océano desconocido á los españoles. De lo que estaban si convencidos era de ser los primeros cristianos que lo habían descubierto. Por tanto hizo Vasco Nuñez prestar atención á todos los presentes y dar testimonio de que tomaba de él posesión, así como de sus islas y tierras comarcanas, en nombre de los soberanos de Castilla; y el notario de la expedición extendió de ello un certificado que firmaron cuantos se hallaban allí, en número de sesenta y siete. Escogiendo entonces un hermoso y corpulento arbol, le mandó cortar y dar la

forma de una cruz; en seguida la colocó en el mismo sitio, desde donde avistó por primera vez el mar, y dispuso que se reuniera un monton de piedras para que sirviese de monumento, gravando los nombres de los soberanos de Castilla en los árboles vecinos. Los indios miraban aquellas ceremonias y el regocijo de los españoles con silenciosa admiracion; muy lejos de pensar, cuando ayudaban á levantar la cruz y formar el monton de piedras, que ponian la señal de la esclavitud á su país.

Este memorable acontecimiento se verificó el 26 de setiembre de 1513; de donde resulta que los españoles gastaron veinte días en ir desde la provincia de Careta hasta la cúspide de la montaña, distancia que hoy, segun parece, se recorre en seis. El Istmo, en aquellas cercanías, solo tiene, cuando mas, diez y ocho leguas de ancho, y en algunas partes únicamente siete; pero, sus montañas son extremadamente

elevadas y escabrosas, y cuando los descubridores las atravesaron, no habia mas sendero que el practicado por los indios; á lo que es preciso añadir el cúmulo de obstáculos que provenian asi de lo fragoso del país, cómo de sus salvajes habitantes. En efecto, los pormenores de esta narracion esplican suficientemente la lentitud con que tenian que ir progresando, y patentizan las grandes dificultades y peligros que tuvieron que arrostrar, y que como se ha observado acertadamente, nadie sino «aquellos hombres de hierro, hubieran podido resistir y superar (1)».

#### CAPITULO X.

Vasco Nuñez se dirige á las playas del mar del Sur.

DESPUES de haber tomado Vasco Nuñez posesion del océano Pacifico y todos sus reinos desde la cima de los montes, bajó con su pequeña partida, en bus-



Descubrimiento del océano Pacifico, por Vasco Nuñez.

ca de las tan ponderadas y ricas regiones de sus costas. No tuvo que andar mucho para llegar á la provincia de un cacique muy guerrero llamado Cheapes, que saliendo á la cabeza de su gente y mirando con sarcasmo aquel pequeño número de españoles vagamundos, les prohibió pasar adelante y poner el pié en su territorio. La seguridad de Vasco Nuñez consistia en aterrar con su poder á aquellos ignorantes salvajes; de consiguiente, ordenó á sus arcabuceros que hicieran una descarga sobre los enemigos; y en seguida mandó soltar á los alanos. El resplandor y

ruido de los tiros, unido al humo de la pólvora que llevaba hacia ellos el aire, los desanimó y llenó de espanto: muchos de ellos cayeron, poseidos de un terror pánico, creyéndose heridos por el rayo, y los demás huyeron precipitadamente.

Vasco Nuñez prohibió que sus soldados cometiesen muertes inútiles: cogió muchos prisioneros, y así que llegó al pueblo, envió algunos en busca del ca-

(1) Vidas de españoles célebres por don Manuel José Quintana, tomo II, pág. 40.

cique, acompañados de varios de los guías que llevaba consigo. Estos últimos informaron á Cheapes del sobrenatural poder de los españoles, asegurándole que exterminaban con el rayo y el trueno á todos los que tenian la desgracia de oponérseles; pero, que cargaban de beneficios á los que les obedecian. De consiguiente, le aconsejaron que se pudiese bajo su proteccion y solicitase su amistad.

El cacique oyó su consejo, y se presentó temblando á los españoles, trayéndoles quinientas libras de peso en oro trabajado, como testimonio de paz, porque ya sabia lo mucho que estimaban este metal. Vasco Nuñez le recibió con la mayor amabilidad, aceptando el oro, y dándole en cambio cuentas de cristal de colores, cascabeles y espejos; y haciéndole con esto en su concepto el mas rico potentado del país.

Establecida de este modo la amistad entre ellos, permaneció Vasco Nuñez en el pueblo por algunos días, despidiendo á los guías de Guaraguá con la orden de que viniesen á reunirse con él los españoles que habian quedado allí. Mientras tanto, envió tres pequeñas partidas, de doce hombres cada una, al mando de Francisco Pizarro, Juan de Ezcaray y Alonso Martin de Don Benito, á explorar el terreno circunvecino y descubrir el camino mas practicable para dirigirse al mar. Alonso Martin fue el que alcanzó mejor éxito: despues de dos días de marcha, llegó á una playa, en donde encontró dos grandes canoas en un paraje alto y seco, sin que se percibiese agua en las proximidades de aquel sitio. Mientras los españoles estaban mirando las canoas, asombrados de hallarlas tan adentro, la marea, que se eleva mucho en aquellas costas, subió rápidamente hasta hacerlas flotar: entonces Alonso Martin puso el pié en una, y llamó á sus compañeros para que fuesen testigos de que él era el primer europeo que se habia embarcado en aquel vasto mar; siguió su ejemplo un tal Blas de Etienza, el que tambien quiso que atestiguaran habia sido el segundo (1).

Hacemos mencion de todas estas minuciosidades porque caracterizan tan grande empresa, y la extraordinaria nacion que la proyectó. El mas humilde de los aventureros españoles parecia excitado por un sentimiento de ambiciosa elevacion que le sobreponia á sórdidas miras de avaricia, haciéndole aspirar solo á compartir la gloria de aquellos grandes descubrimientos. Hallado el camino directo hácia el mar, volvióse Alonso Martin con la noticia á su comandante.

Reunida ya á Vasco Nuñez la gente que dejó en Guaraguá, tomó consigo veinte y seis españoles bien armados, y el resto quedó en el pueblo de Cheapes, á fin de que se restableciesen de sus enfermedades y de las fatigas del viaje. El veintinueve de setiembre salió con direccion á la costa, acompañado del cacique y algunos de sus guerreros. Los espesos bosques que cubrian los montes, bajaban hasta la misma orilla del mar, rodeando y oscureciendo las anchas y magnificas bahías que penetraban en lo interior de las tierras. Toda la costa, en cuanto alcanzaba la vista, estaba enteramente inculta; no se descubria en el mar ni una vela; y uno y otra parecia que jamás habian estado bajo el dominio de la humana civilizacion.

Vasco Nuñez llegó hasta el borde de una de aquellas grandes bahías, á la cual dió el nombre de San Miguel, porque habia sido descubierta en el día de este santo. La marea estaba baja, distando el agua mas de media legua, y la playa era un lodazal; de consiguiente se sentó á la sombra de los árboles del bosque á esperar la subida. A breve rato el agua subió impetuosamente, llegando al sitio donde los españoles reposaban. Entonces Vasco Nuñez se levantó y tomó una bandera, donde se hallaba pintada la Virgen con el

(1) Herrera, Hist. Jud. d. I. l. x. c. 2.

niño, y debajo las armas de Castilla y de Leon; tiró de la espada, se echó el escudo á la espalda, se metió en el mar hasta que el agua le llegó á la rodilla, y tremolando la bandera, exclamó en alta y sonora voz: «Vivan los muy altos y poderos monarcas don Fernando y doña Juana, soberanos de Castilla, de Leon y de Aragon, en cuyo nombre, y en el de la real corona de Castilla, yo tomo real, corporal y actual posesion de estos mares; tierras, costas y puertos, islas del Sur y de todo lo á ellas anejo; y de todos los reinos y provincias que les pertenecen ó puedan pertenecerles, por cualquier derecho, y título, antiguo ó moderno, en tiempos presentes, pasados ó futuros, sin ninguna contradiccion; y si cualquier principe ó capitán, cristiano ó infiel, ó de cualquier ley, secta ó condicion, sea la que fuere, alegase pretension ó derecho á estas tierras y mares, estoy pronto y preparado para defenderlas y mantenerlas en nombre de los soberanos de Castilla, presentes y futuros; los cuales tienen imperio y dominio sobre estas Indias, islas y tierra firme del Norte y del Sur, sobre todos sus mares, y entramos polos ártico y antártico, y en ambos lados de la línea equinoccial, dentro ó fuera de los trópicos de cáncer y capricornio, ahora y siempre, mientras el mundo dure, y hasta el día en que sea llamado á juicio todo el género humano.»

Despues de haber pronunciado en alta voz esta enfática declaracion y reto, no presentandose nadie á disputar sus derechos, Vasco Nuñez llamó á sus compañeros para que diesen testimonio de que habia tomado posesion en debida forma. Todos declararon que estaban prontos á sustentar cuanto él habia dicho mientras viviesen, como verdaderos y leales vasallos de los soberanos de Castilla: y extendiendo el notario un documento alusivo al caso, lo autorizaron todos con sus firmas.

Adelantáronse en seguida á la orilla del mar y probaron sus aguas, encontrándolas tan saladas como las del Norte, á pesar de estar separado por altos montes y grandes continentes, con lo que se acabaron de convencer de que habian descubierto realmente un Océano, y tornaron á dar gracias á Dios.

Concluida esta ceremonia, sacó Vasco Nuñez su daga y trazó una cruz en un árbol que crecia dentro del mar, verificando lo propio en otros dos próximos en nombre de la Santísima Trinidad, y como señal de posesion. Sus compañeros le imitaron, trazando porcion de cruces en los árboles mas cercanos al bosque; y ademas cortaron con las espadas algunas ramas para llevárselos como trofeo (2).

Tal fue la singular mezcla de religiosa y caballeresca ceremonia, con que tomaron posesion del vasto océano Pacifico y todas sus tierras los aventureros españoles; escena grandemente característica de aquella nacion y de aquel siglo.

#### CAPITULO XI.

Aventuras de Vasco Nuñez á orillas del océano Pacifico.

ESTABLECIENDO en el pueblo de Cheapes su cuartel general, entretúvose Vasco Nuñez en forrajear por aquellos alrededores, y obtuvo de los naturales gran cantidad de oro. Animado con esto, se decidió á explorar las playas de un vecino golfo muy extenso, que penetraba mucho en la tierra. Advirtiéndole el cacique de Cheapes lo peligroso que era embarcarse en la mala estacion, la cual comprendia los meses de octubre, noviembre y diciembre, asegurándole que habia visto varias canoas desaparecer por la impetuosidad de las olas y remolinos. Pero, todo fue inútil: Vasco Nuñez contestó que él confiaba en la proteccion de Dios,

(2) Muchas de estas particularidades están tomadas del tomo erudito de la Historia de Indias, por Oviedo.